

Aquel grito fué el grito de la muerte de Lucía.

He aquí por qué Carlos Abelle tenía deudas de corazón; he aquí por qué pidió prestado sin vergüenza á su querida la rica para su querida la pobre. Desde hacía algún tiempo juzgaba que Carolina era digna de un pedestal. Vivía ésta, como todas las de su categoría, en un hotel amueblado impropio para ella y para él. Acostumbrado como estaba Abelle al gran lujo de Lucía, no iba á casa de Carolina sin que le indignara aquel mobiliario de lance, que había sido de todos y de todas.

¿Por qué Carolina, que para él era más bella que Lucía, no había de tener también sus días buenos? Había sido cocinera. Pero ¿por dónde había empezado Lucía á vivir? Lucía se había hecho cantante; mas Carolina ¿no podía ser comedianta? Citábanse ya sus frases en las cenas y en las carreras.

De los veinte mil francos de la cantante, Abelle hizo dos lotes: uno para Carolina y otro para él. Se acercaba el primero de año.

—Voy á darte una sorpresa,—dijo á la ex cocinera.

Efectivamente, el primero de enero, presentóse en su casa á las once y la dijo con solemnidad.

—Ven: quiero llevarte á tu casa.

La condujo á la calle de Berry, á un lindo piso en que había reunido muebles de todas clases.

—¡Cómo! ¡Un piano!—exclamó Carolina.

Y tocó *A la luz de la luna*, acompañándose con un puñetazo y un puntapié.

—¿Todo esto es mío?—añadió.

—Sí, querida; hasta el propietario, porque lo es un borgoñón.

—¡Pero si no puedo dar crédito á mis ojos!

Carolina se puso á bailar y á cantar, como si ante ella se hubiera abierto la puerta de la California.

—¡Oh, qué hermosa cama!—gritó de pronto.—Pero has de saber que voy á encerrarte en esa alcoba y que no volverás á casa de tu princesa hasta mañana por la mañana.

—¡Bueno!—pensó Abelle.—Ya tengo dos cárceles.

IX

La pena del talión

A las doce de la noche, el amante por partida doble era esperado ansiosamente en casa de Lucía. Había dicho que cenaría en familia, pero iría más tarde á tomar algo con su querida.

Y algo tomó, en efecto, con su querida; pero ésta no era Lucía.

A las doce y cuarto, la comedianta había revuelto veinte veces las tarjetas de felicitación de Año Nuevo, con un sentimiento de melancolía, diciéndose:

—Aun piensan en mí.

Eran todas tarjetas con escudos de armas: de príncipes, de duques, de marqueses y de condes. Apenas si los barones se atrevían á aventurarse en tan elevado lugar.

Mientras tanto, Carlos Abelle no se presentaba. ¿Qué podía detenerle en otra parte? Once horas hacía que le esperaba con la fiebre en la frente. ¿Qué podía estar haciendo?

—En familia cualquiera se fastidia: es imposible que permanezca tanto tiempo en casa de su hermano.

Llamó á su doncella.

—¡Carolina! Haga usted que Juan se prepare para llevar una carta.

—Pero ¿no sabe la señora que son más de las doce de la noche?

—¡Nada me importa la hora! Avise usted á Juan y vuelva.

Y cuando Carolina estuvo de regreso,

—Dígame usted: ¿afirmó mi hermana que mañana mismo vendría?

Con motivo del día de Año Nuevo, Lucía, que, á fuerza de amor por Carlos, creía despojar á la cortesana y elevarse nuevamente hacia su virtud, había escrito á su hermana una carta muy tierna.

Colomba, la modesta iluminadora de grabados que se había tornado una verdadera mujer, sintióse conmovida al leer la carta de Lucía, una carta en que la cantante suplicaba á su hermana la perdonase dándole la mano, al siguiente día, á las ocho, en la iglesia de la Magdalena. Colomba había respondido á la doncella:

—Diga usted á mi hermana que no iré á la Magdalena, sino á su casa.

¡Respuesta inesperada! Gran alegría de la comedianta, que se había dicho en seguida:

—Si me casase con Carlos Abelle, mi hermana volvería á ser mi amiga.

—¡Cuán linda es su hermana de usted, señora!—añadió Carolina.—Creeríasela un ángel, con su blancura y sus azules ojos. Sólo al ver ciertos semblantes, siéntense deseos de ir á misa.

—¿Verdad que sí?—dijo Lucía.—¡Y cuando pienso que yo quise hacer que me imitase! ¡Lo que es perder

el juicio en las primeras locuras! ¡Pero ya se me quitaron aquellas ideas!

—¡Ya se conoce eso!—murmuró la doncella con aire de reproche.—El año pasado, al menos, el primero de enero, no se podía dar un paso por ninguno de los salones, tantos fueron los regalos. Este año, nada. Unos cuantos bombones.

—Y mi soledad me inspira orgullo. Quisiera no haber conocido á nadie.

—Es usted, señora, como los príncipes que se burlan de los títulos de nobleza; ahora que tiene usted un hotel y alhajas, escupe á las comediantas. ¿Quiere usted que le dé un consejo, señora? Será mi regalo de Año Nuevo.

La señorita Lucía se reprochaba constantemente el hablar demasiado con su doncella; mas no podía perder esta mala costumbre. Dijo á Carolina:

—Vamos á ver, hable; pero no diga usted tonterías.

—Pues bien, hablaré sin rodeos. La señora quiere acabar, como muchas otras, por el matrimonio. Aun cuando ésos no son mis principios, comprendería que la señora tratase de hacerlo con un hombre que tuviese un título: esto da cierta importancia, se es algo. ¡Pero con un pianista!

Lucía contuvo su furor; se admiraba de que aquella muchacha atreviérase á hablarla tan francamente.

—El señor Abelle no es un pianista, es hijo de buena familia. Puede aspirar á todo.

—¡Si al menos tuviese amor á la señora!

—No sé por qué duda usted de eso: lo ha sacrificado todo por mí.

Carolina estalló en una cancajada.

—¡Basta, basta!—exclamó Lucía, incapaz ya de contenerse.—No necesito sus ojos de usted para ver

claro. La aconsejo que tenga para el señor Abelle los mayores miramientos. Encuéntrola á usted muy familiar con él. ¡Son así ustedes! No estiman sino á las gentes que las desprecian. El señor Abelle tiene el defecto de conversar con todo el mundo, hasta con usted.

La doncella había ya recibido su aguinaldo. Juzgaba, por otra parte, que la casa tornábase mala; así es, que respondió secamente:

—Pues bien: el señor Abelle no volverá á hablar conmigo. Veo bien que desagrado á la señora; me marcharé mañana mismo á mi país; pero me permitiré una última palabra. Esta *abeja* no es sino una avispa que se come la miel de la señora y que le dará con su aguijón en el corazón (1).

—¡Bueno está!—dijo Lucía.—Márchese usted ahora mismo si lo desea. Puede hacerlo. Lo hará en cuanto se haya cenado.

—¿A qué hora cenará la señora?

—Déjeme usted, déjeme sola. Y cuide de que todo esté pronto para cuando llegue el señor Abelle.

—Oiga usted, señora. No me atrevía á contar á usted la verdad; pero, al acordarme de todas sus bondades, por la amistad impulsada, se lo cuento, rogándola á usted que me crea: el señor Abelle engaña á la señora.

—¡Que me engaña! ¡Usted no sabe lo que se dice!

—Sí, la engaña á usted con una joven que se llama Carolina, como yo, que ha sido cocinera, como yo.

—¡Miente usted!

(1) Hay aquí un juego de palabras: *abeille*, abeja, se pronuncia en francés lo mismo que Abelle, apellido del amante de Lucía.

Pero Lucía veía con desesperación que su doncella no mentía.

—Tan cierto es lo que digo, como que en este mismo instante el señor Abelle, que está con la señorita Carolina, no se inquieta por usted. ¡Si eso no es un horror...!

—¿Quién la ha enterado á usted de tal cosa?

—¡Eh, Dios mío! Esa historia no es un secreto sino para usted. El señor Abelle se arruina con esa muchacha.

Lucía pensó en los veinte mil francos; la luz hizo, al fin, ante sus ojos.

—Vamos á ver: ¿está usted segura de lo que dice, Carolina?

Este nombre parecía no querer salir de los labios de la comedianta.

—Sí, señora; como de que ella es una mujerzuela. ¡Ah! No se comprende cómo el señor Abelle ha podido descender tanto, aun cuando la señora no le amase.

—Si creyera eso,—dijo Lucía,—no le volvería á ver. Oiga usted... Carolina... ni una palabra de todo esto. Y, sobre todo, no piense usted en marcharse. ¡Oh, yo me vengaré!

Lucía se había levantado; ardía su cabeza, agitaba la mano cual si pegase á su rival.

Eran más de las doce y media. Se acercó al reloj, fué á su espejo, se encontró fea; dió un puñetazo en la luna.

—¡Oh, señora!—exclamó Carolina.—¡La ha roto usted!

—Lo he hecho expresamente. Romper un espejo el día de Año Nuevo, es mala señal. ¡Infeliz de mí, infeliz de mí!

Carolina estaba estupefacta; no se atrevió á decir una palabra.

La sangre zumbaba en los oídos de Lucía.

—¿No han llamado?

—No, señora.

—Si llaman, no se abre. Quiero que pase la noche á la puerta, como un perro.

Y casi inmediatamente:

—Dime... Carolina... ¿dónde vive esa mujer?

—A dos pasos de aquí, en la calle de Berry. Lo sé porque tenemos el mismo panadero y la misma frutera.

—Tal vez sea yo quien les pague sus facturas,—dijo Lucía.

—Aun no, pero llegará eso; puede afirmarse.

—¡Oh, infamia de las infamias! Deme usted mi sombrero y mi capa de piel.

—¿Para qué, señora? Ya sabe usted que está lloviendo.

—Cogeremos un paraguas. Hace cinco años que no me ha ocurrido esto. ¡Pronto, pronto, pronto! ¡Mis pies arden, siento el infierno á mis pies! ¡Oh, mi cabeza!

Lucía llevóse la mano á la frente sin dejar de golpear el suelo con los pies.

Cinco minutos más tarde se paseaba, recibiendo la lluvia, en compañía de su doncella, bajo los balcones de aquella Carolina que le robaba su corazón y su alma.

Tres balcones del cuarto piso dejaban ver la luz de las bujías.

—Allí es,—dijo la comediante.—Pero retire usted el paraguas, que no me deja ver.

Lucía rechazó lejos de sí á la doncella.

—La señora se mojará.

—Mejor, si me mojo. La lluvia me calmará. ¿A qué habitación pertenecen esos balcones?

—Si no he de ocultar á usted nada, señora, son los de la alcoba y el tocador. Seguramente cenan en el tocador.

Lucía esperaba aún que su doncella se engañara y la engañase. Sin embargo, los celos hablaban más alto que sus postreras ilusiones.

—¡Sí, sí!—dijo.—Siento que está ahí. Y es menester que yo suba á casa de esa muchacha.

É iba á atravesar la calle.

—¡Oh, señora!—exclamó Carolina deteniéndola.—¡No hará usted eso!

—¡Sí, quiero subir; quiero subir y matarlos á los dos!

—¡Vamos, vamos, señora, no estamos en el teatro!... Marchémonos. No es usted, sino él, quien merece compasión. ¡Perder una mujer como usted por semejante criatura! ¡La muerte sería demasiado dulce para él! No le dé la señora más dinero, y estará vengada; porque esa chica lo pondrá entonces á la puerta inmediatamente. Y se encontrará entre dos mujeres y con la nariz por tierra.

Lucía continuaba perdiendo el juicio.

—Pues bien: si yo no subo, suba usted. Dígale que lo espero. Veremos si se atreve á desafiarme francamente; porque se imagina que no sé nada, se figura que creo que está en casa de su familia.

La doncella trató vanamente de detener á su ama; para decidirla, Lucía se acercó á la puerta principal y llamó resueltamente.

Se abrió la puerta.

—Suba usted, ó subo. Diga que estoy enferma, diga que me he muerto, diga usted lo que guste...

Lucía hablaba aún, cuando un hombre salió de la casa. Reconoció á Carlos Abelle.

Se apoyó, tambaleándose, en Carolina, sin poder pronunciar una palabra.

Como todos los hombres que no tienen otras preocupaciones que la mujer, Carlos no vió dos faldas ante sí sin querer mirar á sus dueñas.

—¡Soy yo, caballero!—dijo gravemente Lucía.

Estaba tan pálida, su rostro había tomado tan triste expresión, que la reconoció apenas, tanto más cuanto que no podía imaginarse que estuviera allí.

Aun cuando fuese buen comediante, permaneció algunos segundos sin poder hablar.

Lucía estaba medio desmayada en brazos de Carolina.

—¿Qué hay?—preguntó al fin Carlos Abelle.

—Hay, caballero, que la señora está enferma y que no volverá á estar buena,—respondió la doncella.

—No comprendo.

—Y yo no le comprendo á usted,—replicó atrevidamente Carolina.

El tiempo de las cóleras había transcurrido para Lucía. Llegaba á aquella nueva fase de la pasión en que sólo se explican las lágrimas. Su desgracia, tan súbitamente revelada, parecía tan grande que no se sentía con fuerzas para lamentarla.

—Iba á tu casa,—añadió Abelle.

—¡Ah, sí!—replicó ella con amargura.—Te encuentro en el camino. Pero vamos, pues, á mi casa; verás allí lo que has hecho de mí, si es que no muerdo antes de llegar.

Quiso cogerla del brazo, mas ella tuvo fuerza para rechazarle.

—¡Oh, no!—dijo.—¡No me mate usted por completo! Entraron en el hotel.

Cuando Carlos vió á su querida en el saloncito en

que le había esperado tanto tiempo, feliz al principio, inquieta luego, celosa y desesperada en los últimos instantes, sorprendióle su excesiva palidez. Toda la sangre de Lucía estaba en su corazón; sintióse mal tres veces. Y él vió muy pronto que la que había jugado con todo el mundo no jugaba con él.

¡Oh! ¡Cuán bien pagaba todas las torturas que hiciera sufrir á Gontrán Staller y á los otros!

Adoraba á Carlos Abelle; todo se lo había sacrificado: su teatro, su fortuna, sus amigos. Toda su vida estaba en él en lo sucesivo. Por él construía en su imaginación el último castillo de naipes: y él la hacía traición, á ella, tan hermosa, por una muchacha de la peor especie.

¿Y quién sabe si no amaba á aquella chica?

Sus primeras palabras, cuando hablar pudo, fueron éstas, dichas con la voz más dulce:

—Amigo mío, puesto que no me ama usted ya, ¿por qué ha venido?

—¡Cómo que no te amo!

Y Carlos Abelle se arrojó á los pies de Lucía. Y estalló en sollozos, y hasta encontró lágrimas.

Aquel hombre era capaz de todo.

—Pues sí me amas, ¿por qué me haces traición?

Carlos Abelle trató de inventar una mentira; pero muy pronto vió que Lucía nada ignoraba.

Se golpeó el corazón, se confesó en voz alta indigno de su querida, se arrastró por tierra implorando su perdón. Aquello había sido un cuarto de hora de desorden; juró no volver á caer en semejantes indignidades.

Lucía lloró mucho.

—Mira,—le dijo,—tu amor es mi vida y mi muerte. Dime toda la verdad. Si me amas, te perdono. Si no me amas, vete.

—Tu amor,—replicó Carlos Abelle,—es también mi vida y mi muerte. Vivir sin ti, sería morir. Vivir contigo; eso es vivir.

Lucía perdonó.

—¡Muy bien!—dijo Carolina.—Sólo me falta hacer mis paquetes.

—Señora,—añadió en voz alta,—¿me permite usted que mañana vaya á mi país á ver á mi madre?

—Esta misma noche, si usted quiere,—dijo fríamente Lucía, que ansiaba volver á sus ilusiones.

X

Perfume de virtud en los umbrales de la cortesana

Carlos Abelle continuó en su doble juego, fingiéndose apasionado de Lucía y no amando en realidad sino á la ex cocinera.

Comenzábase á hablar, en el gran mundo, de las desgracias de la cantante. Se decía que estaba loca por un tunante que la pegaba y la arruinaba por una tunanta.

Pero ocurre con esto lo que con los criminales condenados á la guillotina: cuando llega la hora de ir á ésta, se siente piedad por ellos.

La palidez y la tristeza de Lucía llegaron á conmover á los más duros y á los más escépticos. Al principio se había negado que la comedianta pudiese amar; pero ya no podía ponerse en duda tal circunstancia. Se arruinaba por su amante, habíase arrojado en su pasión como en un abismo, no volvería á levantarse.

No tardó en anunciarse la venta de su hotel. Se preguntaba todo el mundo si no lo compraría la ex cocinera. Porque esta muchacha avanzaba, efectivamente, en sentido contrario. Mientras Lucía descendía á su ruina, ella se elevaba hacia la fortuna.

Un día que Lucía, que ya no tenía caballos, iba por el Bosque en un simple fiacre, y no por donde los paseantes, sino por el Bosque, porque deseaba aspirar una bocanada de aire puro, reconoció, en un cupé arrastrado por dos caballos ingleses, á Carlos Abelle y á su rival.

Este fué para ella el golpe decisivo. Creía vagamente que su amante veía de vez en cuando á aquella muchacha. Pero ¡á tantas veía! ¿Era posible que fuera él quien la acompañaba por el Bosque, era posible que fuesen de ella tan buenos caballos?

—¡Ah!—murmuró.—Ese hombre es mi verdugo.

No tuvo valor para verle por segunda vez. Y regresó á casa para ocultar sus vergüenzas y sus lágrimas.

Se le anunció á su hermana; corrió á ella y la abrazó.

—¡Ah, Colomba, Colomba!—dijo.—¡Ten piedad de mí! ¡Soy muy desgraciada! ¡Qué ruda expiación! Ese hombre á quien tú odias, ese hombre que quiere casarse conmigo, me matará antes que eso llegue. Es ya causa de mi ruina, será causa de mi muerte.

Y refirió á Colomba lo que le había sucedido: cómo Carlos Abelle se había impuesto en su casa; cómo ella, aun rebelándose, había soportado su dominación; cómo él se había hecho dueño absoluto de su pobre corazón y de su pobre cabeza; cómo le obedecía ciegamente, ella, que jamás obedeció á nadie. ¡Y todos sus embustes, y todas sus traiciones y todas sus infamias!

—Pues bien,—dijo Colomba,—es menester no de-